F3051
.B58
v.19

Juan de Aria

Blest Gana

The Library
of the
University of North Carolina

UNIVERSITAT · CARO
LVX

GB

F
3051
.B58
v. 19

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

LUX
LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F3051
.B58
v.19

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028135633

BIBLIOTECA DE AUTORES CHILENOS.—VOL. XIX

JUAN DE ARIA

NOVELA

POR

ALBERTO BLEST GANA

SANTIAGO

LIBRERÍA, IMPRENTA I ENCUADERNACION
de Guillermo E. Miranda
51, AHUMADA, 51

1904

JUAN DE ARIA

BIBLIOTECA DE AUTORES CHILENOS.—VOL. XIX

F 3051
.B58
v. 19

JUAN DE ARIA

NOVELA

POR

ALBERTO BLEST GANA

SANTIAGO

LIBRERÍA, IMPRENTA I ENCUADERNACION
de Guillermo E. Miranda
51, AHUMADA, 51

1904

JUAN DE ARIA

I

Juan de Aria, bachiller en leyes i aspirante al título de licenciado, se paseaba un dia alegremente por las hermosas calles de la ciudad de... El nombre poco importa para el interes de la historia que vamos á referir.

Juan se hallaba en la primavera de la vida; es decir que sus ilusiones en flor no habian sido aun tostadas por el sol quemante de los treinta años; su fisonomía respiraba vigor i juventud, sus ojos tenian el fuego de su edad i sus labios parecian convidar al amor, así como hai tantos otros que parecen saborear el gusto de un buen guisado. En suma, Juan de Aria, sin ser lo que llamamos un buen mo-

483234

zo, era un jóven con bastantes atractivos para infundir amor á cualquier corazon femenino.

En aquel momento sus ideas vagaban alegres en el florido campo de las quimeras: seguian al amor, como los niños a las mariposas i muchas de las mujeres que, al pasar, recibian sus miradas, esclamaban en su interior: ese jóven no puede dejar de ser apasionado.

Para mí, esta espresion es un horrendo pleonasmo. ¿En qué tiempo la pasion no ha sido el primer atributo de la juventud? Si hai mozos sobre los cuales los frios vientos del desengaño han arrojado una capa de prematura indiferencia, removed las cenizas, haced que en ese aparente desierto resuene la voz de una mujer querida i encontrareis el fuego, vívido i ardiente como si acabara de prenderse i oireis el eco alegre repetir con pasion el acento femenino.

Juan fluctuaba entonces en ese estado particular de un espíritu jóven, en que se aspira a todas horas por un bien indefinido i lleno de prestijio; en que el alma repite como un eco las voces de la tierra, prestándoles la armonía de su ilusion; en que todas las mujeres son bellas con tal que sepan mirar con languidez: en una palabra, el buen jóven no habia amado aun a la edad en que muchos se creen con el corazon insensible i dan por concluida su mision, hasta que a alguna hija de Eva se le antoje afinar

las cuerdas de ese laud destemplado que llaman hombre indiferente.

El jóven caminaba parándose para mirar a cada mujer que despertaba su interes, siendo así, que no hai cosa mas fácil de despertar que el interes de un mozo de veinticinco años. Encontraba que en el andar de algunas hai mil fascinaciones dominantes que hacen estremecerse el corazon a impulsos de inesperadas sensaciones.

Como debe presumirse, en tan grato pasatiempo Juan no podia caminar mui de prisa. ¡El mundo es tan bello i tan variado cuando se mira con los ojos de la juventud!

Inútil parece decir que muchas de las mujeres que a su lado pasaban, vulgares en su mayor parte, no sospechaban por un momento que al llegar a la altura del jóven, eran hechiceras divinidades.

Hubo un instante en que Juan alzó la vista, como pidiendo al cielo la realizacion de tantas esperanzas, nacidas tumultuosas en su alma, por accidentes tan ordinarios de la vida como el de encontrar una o muchas mujeres en una calle.

I parece que el cielo no desoyó su ruego, pues Juan se detuvo de súbito, abrió los ojos como un hombre que teme perder algo de lo que quiere ver si los deja en su estado ordinario i toda su fisonomía se cubrió de un aspecto plácido i risueño, que seguramente habria hecho llorar de placer a su madre.

¡Pero Juan no tenia madre i su recuerdo era una de sus mas dulces ocupaciones!

Componíase su familia de un padre anciano i dos hermanas jóvenes, establecidos en una provincia distante, en donde hacian votos fervientes por la prosperidad del hermano, la única esperanza de la casa.

Las miradas del jóven se habian detenido en un balcon, en donde una niña de diez i siete a diez i ocho años, de negros ojos i mas negros cabellos, parecia entretenida en observar a los transeuntes.

Naturalmente, aquel jóven que sin moverse la contemplaba, llamó su atencion al cabo de algunos instantes.—Agregando cincuenta años a cada uno de nuestros dos personajes, aquella circunstancia habria pasado probablemente inapercibida para ambos.—¡Los años acortan tanto la vista!—Mas, Juan i la desconocida eran tan jóvenes, i luego un diálogo mudo se estableció entre ellos, miéntras sus miradas se habian encontrado con curiosidad.

—Por qué se habrá parado á mirarme ese jóven? se preguntó ella, respondiéndose al mismo tiempo que seguramente le habria parecido bien; lo que para principiar empeñaba naturalmente su gratitud.

—Ah, si yo estuviese en el balcon al lado de ella, se decia Juan, cargándose sobre la pierna derecha para mudar de actitud. I a medida que notaba la belleza de la niña, la altura del malhadado balcon le parecia tomar dimensiones inconmensurables.

—Ese jóven tiene ciertamente unos ojos mui decidores, continuaba pensando la desconocida, ¿quién será?

Cuando las reflexiones de una mujer llegan a la curiosidad, puede asegurarse que ocuparán su espíritu hasta que ésta se satisfaga.

—Por vida de Dios, esta criatura es encantadora, proseguia Juan, llevando el peso de su cuerpo sobre la pierna izquierda. Por cierto que esos rosados lábios... i el jóven se acariciaba el bigote con toda la satisfaccion de un conocedor consumado. Ah, yo daria diez años de mi vida por inspirarla una pasion loca.

Nada mas barato que la vida de los jóvenes cuando tratan de obtener el amor: ellos arrojan sus años a los pies de una mujer con un entusiasmo sublime. ¿Sin amor, para qué sirve la vida? se dicen al mirar unos lindos ojos. Mas tarde hallamos que la existencia tiene mil aplicaciones venturosas i en las que para nada figura el amor. Los años, entre sus sábias lecciones, nos enseñan el egoismo en sus aplicaciones infinitas.

Estos apartes tuvierón lugar en mucho ménos tiempo que el que para referirlos hemos empleado. Los dos jóvenes se miraban i comprendian que el mismo deseo ajitaba sus corazones. Hai jueces que adivinan el delito en el rostro del acusado, ¿qué mucho pues que un mozo i una niña, que se miran

con interes sospechen, cada cual, las impresiones que ajitan el alma del otro.

De súbito, Juan creyó notar una repentina turbacion en el bello rostro de su desconocida, i al mismo tiempo sintió que un codo vigoroso le daba un rudo golpe en el brazo, haciéndole casi perder el equilibrio.

—Dispense Ud., caballero, le dijo una voz, miéntras él trataba de recobrar su centro de gravedad i de afianzarse el sombrero bamboleante sobre su cabeza.

I Juan vió pasar de largo a un militar de atléticas formas, con insignias de Mayor, que apoyaba la izquierda en el puño de una larga espada, con garbosa altanería. Al pasar, sus miradas se encontraron i el Mayor lo saludó con una sonrisa perdida en la espesura de su bigote. Juan sintió un frio estraño al recibir aquella sonrisa i parecióle que los ojos del militar tenian algo de sobrenatural que infundia miedo. Ademas el Mayor tenia una manera de menear la cabeza que desesperaba por su amarga ironía.

Juan, sin darse cuenta de su fascinacion, siguió con la vista al corpulento Mayor hasta que pareció renovar su saludo, meneando la cabeza, i desapareció torciendo en una esquina distante.

—Dios lo confunda con su infernal sonrisa, murmuró Juan, alzando la cabeza para tornar a su desconocida.

Mas la jóven habia desaparecido, el balcon estaba desierto i las mujeres que pasaban a su lado eran estraordinariamente feas.

Ciertas mujeres, como una luz demasiado viva, tienen el poder de nublarnos la vista para ver a las demas.

—Volvamos a la Novísima, se dijo Juan. Cierto que los bigotes del Mayor parecen un bosque de trébol. Esa niña debe llamarse María o algun nombre dulce por el estilo, su pelo debe ser mui suave, i luego esos lábios... Vamos ya se hace tarde i es preciso estudiar las leyes.

II

Juan volvió a su casa distraido. Esta sencilla aventura traia su espíritu preocupado i aun triste. La alegría es un ave inquieta i asustadiza que toma el vuelo a la menor sombra que aparece en el horizonte.

Abrió la Novísima con el jesto de un enfermo a quien presentan una cucharada de emético; leyó largo rato; volvió la hoja dos o tres veces sin comprender una palabra; miró a una mosca que porfiaba por pasar a traves de un vidrio de la ventana i tornó a leer tan infructuosamente como al principio. La niña le enviaba desde el balcon sus lánguidas miradas i el Mayor lo perseguia a codazos por toda

la estension de la calle, meneando la cabeza cada vez que se paraban a cobrar aliento.

¡Juventud, grata edad de los sueños ¿quién podrá despues jamas finjir, siquiera, tus deliciosos caprichos?

Juan cerró la Novísima sonriéndose i sintió en la imajinacion unos accesos de lirismo llenos de pasion. Tomó la pluma i escribió:

Vuelve a mirarme, niña de mis sueños,
I oye la voz de mi pasion ardiente,
Torna tus ojos hácia mí risueños,
Calma el ardor de mi abrasada frente.

Si es dulce amar cuando la vida empieza,
Si hai algo de divino en la existencia,
Deja que te ame i.....
....

El Mayor aparecia en lontananza, murmurando el consonante bajo su abultado bigote.

—Mañana trataré de hacer conocimiento con los criados de la casa, se decia Juan quitándose la corbata para acostarse, i con dinero... Aquí está todavía la cuenta de este maldito sastre: un levita... 25 pesos. Estos sastres se figuran que uno tiene plata para todo. Estoi seguro que el Mayor tiene cuentas atrasadas de muchos años.

Si hai algo de divino en la existencia
Deja que te ame.....

Juan durmió aquella noche sin soñar con nada.

Al dia siguiente se vistió con todo el esmero que le permitia su no mui poblada guardaropa i salió a la calle sin hacer alto en las personas que encontraba: su vida tenia ya un fin, un objeto principal i casi único. ¡El destino de un hombre depende de tan leves circunstancias! i como ha observado algun filósofo: apenas se comprenden los efectos cuando se considera la pequeñez ordinaria de las causas.

Juan llegó a la calle de su desconocida con el corazon palpitante de esperanzas; acortó el paso por retardar la realidad i trató de aparentar el aire mas indiferente del mundo.

Sin embargo, al llegar a la casa alzó resueltamente los ojos hácia el balcon, en donde vió a la jóven en el mismo lugar i mirando, como por casualidad, en la direccion en que él venia. Creyó notar (el deseo es tan engañoso) que la niña lo habia saludado con una lijera sonrisa de reconocimiento a la que él contestó con la mayor gracia posible. Las mejillas de la desconocida se cubrieron de encarnado i sus ojos parecieron brillantes, como esas estrellas que se ajitan en perpetuo movimiento.

Para no aumentar su turbacion, Juan tuvo la jenerosidad de bajar la vista i mirar en varias direcciones para ver si nadie los observaba. Al alzarla

de nuevo, la niña habia desaparecido i en su lugar vió al espantoso Mayor que, meneando la cabeza, se paseaba a lo largo del balcon, al lado de un hombre de cincuenta años en apariencia, de benévolo semblante, bien que contraido al parecer por poderosas preocupaciones.

Juan se quedó como si le hubiesen dejado caer un balde de agua helada sobre la cabeza, su respiracion se turbó, un involuntario temblor ajitó sus miembros i apenas tuvo la suficiente enerjía para sustraerse a las miradas del Mayor, que en aquel momento, daba vuelta hácia el lugar donde él se hallaba.

—Bien dicen que hai presentimientos que se realizan, se dijo el pobre mozo ocultándose; no en vano este malhadado militar se me habia clavado en la imajinacion con tanta tenacidad.

I en aquel instante, Juan creia en la veracidad de los presentimientos con toda la fe supersticiosa de un jugador.

—I por qué he de ocultarme? dijo despues animado de repentina indignacion. El Mayor es un hombre como cualquiera otro i si no le gustan mis atenciones por esa niña, no seré yo quien me oculte para que deje de decírmelo.

Con esta resolucion volvió el jóven a mostrarse; mas el Mayor habia dejado el balcon i aparecia en la calle al mismo tiempo que Juan se avergonzaba de haberse ocultado. Hízole el Mayor al pasar un

saludo lleno de cortesía con su sardónico movimiento de cabeza i esa sonrisa de traidor de melodrama que la primera vez lo habia hecho estremecerse involuntariamente i que entónces, como ántes, le causaba una estraña i desagradable impresion.

—Singular individuo, esclamó Juan en sus adentros. ¿Qué tenemos ambos de comun? Nada por cierto, i sin embargo su vista me entristece como el anuncio de venideras desgracias. Hai en sus ojos algo de fatídico que me recuerda los monstruos que poblaban los sueños de mi niñez i cuando ménos, parece la grotesca figura de Satanas escapada de alguna vieja pintura de convento.

I seguia con la vista al atlético militar que se alejaba, volviendo de vez en cuando la cabeza para hacerle un lijero i burlesco saludo.

—Vamos Juan, se dijo el mozo, si no eres cobarde debes pedir cuenta a ese hombre de su insultante cortesía.

I al decir esto se dirijió con paso acelerado hácia el Mayor, que volvia la misma esquina del dia precedente. Pero sus pies se fijaron al suelo i sus ideas cambiaron con violencia de rumbo, volviéndose alegres i apasionadas.

Habia visto que su jóven desconocida salia de la casa en traje de iglesia i acompañada por una mujer de edad, que llevaba su libro de horas. Aquel incidente tenia para él sobrada importancia, i mas que suficiente poder para hacerlo abandonar sus

hostiles proyectos contra el Mayor, que parecia destinado a ser su negra pesadilla.

Juan sintió el placer de un hombre que sueña con un palacio de hadas, las que le van mostrando crecientes i maravillosos primores, o de una novia que recorre uno a uno los regalos de la boda, dispuesto de manera a ir aumentando la sorpresa i el embeleso; pues la desconocida se le mostraba entónces en toda su majestad, andando con una gracia indecible, i ostentando a sus admirados ojos las bellezas de un talle de diez i ocho años, los contornos suaves i amorosos de un seno de vírjen. Cada paso de la niña era para él una nueva i deliciosa sorpresa, que, a medida que se acercaba, le permitia descubrir todas las perfecciones que el dia anterior se habian escapado a su vista.

Por fin llegó un instante en que el vestido de la niña rozó suavemente su cuerpo, en que casi oyó su respiracion, en que pudo extasiarse en la tersa finura de sus rosadas mejillas, en la deliciosa humedad de sus lábios encarnados, i Juan bajó los ojos, ruborizándose con el rubor de ella i estremeciéndose como un azogado cuando sintió el suave contacto de su vestido. Toda emocion grande es como un golpe eléctrico que paraliza instantáneamente las faeultades. Así fué que Juan no vió en aquel momento sino una sombra confusa deslizarse ante su vista, i sintió su sangre venir en oleadas quemantes a agolparse en su pecho.

A un paso de ella Juan se dijo con desesperacion:

—Me va a creer un tonto rematado, i a fé que no soi otra cosa, cuando en vez de mirarla como me lo prometia i de decirla con los ojos el inmenso amor que me inspira, no hago sino bajar la vista como una colejiala que va a recibir su premio de buena conducta. Decididamente soi un solemne animal.

Tras esta reflexion echó a andar en seguimiento de la niña, arreglando su paso a conservar cierta distancia que le dejase libre retirada en caso de necesidad.

—La cara de la vieja no tiene nada de agrio, se decia miéntras andaba, i bien pudiera intentar un ataque de ese lado; mas no precipitemos las cosas, porque una imprudencia podria perderme, miéntras que con paciencia, como dicen, se puede ganar el cielo i con mayor razon uno de sus ánjeles.

Para un hombre enamorado todo incidente que dice relacion con su querida es una peripecia de palpitante interes. Por eso es que el amor, la mas esclusiva de las pasiones, es tambien la que ménos atractivos tiene para los que lo contemplan indiferentes. Un hombre dominado por cualquiera otra pasion despierta un interes de algun jénero: un enamorado suele dar lástima, a veces risa i a veces.....

Pero Juan se curaba de pensar así tanto como de averiguar si la luna tiene o nó pobladores. Vió a su

desconocida entrar a una iglesia i dirijirle una mirada, al tiempo de volverse con mucha naturalidad para tomar el libro de manos de la vieja.

—¡Ola! dijo Juan acariciándose el bigote con adorable fatuidad, parece que no le somos tan indiferente. Daban las nueve con fuertes campanadas en el reloj de la iglesia.

—La hora de la clase, se dijo el jóven que hasta entónces habia observado sus deberes con relijiosa puntualidad, un dia mas o ménos poco importa, i luego, esta es una ocasion de ver este interesante monumento de una arquitectura verdaderamente prodijiosa. No hai como el amor para elevar el alma a la altura de su mision. Las grandezas del mundo material se comprenden mas bien cuando en el pecho se ajitan grandes i nobles sentimientos. Dios me perdone, creo que tengo mis puntillas de filósofo... I Juan se quitó el sombrero al entrar por la puerta principal del templo, en donde el órgano hacia vibrar sus monótonos i prolongados sonidos.

III

Nuestro héroe era mozo sentimental, como lo son la mayor parte de los jóvenes en quienes el amor hace resonar por vez primera las cuerdas, hasta entónces dormidas, del sentimiento.

Al atravesar las espaciosas naves del templo,

Juan sintió un recojimiento relijioso que ajitaba su pecho con mil ajitadas sensaciones.

Las notas del órgano le hablaron vagamente de las inefables venturas del cielo i de los inocentes placeres de la infancia, este diáfano recuerdo de todos, bien comun que pierde en nuestra memoria su esencia terrenal para revestirse de un prestijioso encanto a medida que los años van arrojando sobre nuestro ánimo su capa de cuidados i mal humor.

Por un momento comprendió el ascetismo en sus mas exajeradas proporciones, se hizo penitente re coleto, se recostó sobre la fria losa de su sepulcro, envuelto en su tosco sudario i trató de forzar a su lengua rebelde a repetir las olvidadas oraciones que aprendiera en el hogar doméstico.

—Señor, tenga Ud. cuidado al andar, Ud. me ha pisado un pié, le dijo una mujer junto a la cual el jóven se habia detenido en su relijioso arrobamiento.

Estas palabras lo volvieron a su situacion precisamente en el instante en que sus reflexiones iban tambien a cortar su vuelo, para hacerlo pensar en el objeto de su entrada en la iglesia.

—Mucho me temo, se dijo Juan, que si hubiese entrado a esta iglesia ántes de enamorarme, me habrian dado tentaciones de hacerme fraile. Decididamente valgo mas que mi reputacion: vaya, por tantos que valen ménos que la que el mundo les da.

Haciendo estas reflexiones Juan se habia elejido

un excelente punto de observacion, desde el cual sus ojos i los de la desconocida habian entablado uno de esos diálogos deliciosos en que el alma emplea todo su poder para dar a la vista su mas espresiva elocuencia.

Terminada la misa, el jóven se colocó en la puerta de la iglesia, prometiéndose ser ménos tímido que en su anterior encuentro.

Vió con impaciencia desfilar ante sus ojos la multitud de devotos que salian santiguándose con agua bendita i empezaba a temer que la niña hubiese salido por alguna otra puerta, cuando mui cerca de sí oyó una voz que decia:

—Paula, todos los dias vendremos a esta misa.

La voz que esto decia era de un timbre fresco i juvenil que llamó inmediatamente la atencion del jóven. I Juan vió a su bella desconocida fijar en él sus ojos con resolucion i responder sonriéndose a su saludo.

—No faltaremos a la cita, se dijo, viéndola alejarse, i estoi seguro que aquí no vendrá a saludarme el Mayor, quien tiene traza de no ser mui asiduo a estos lugares. Tal vez con los santos sus cuentas anden tan atrasadas como con los sastres.

I Juan, cuyo corazon nadaba en la felicidad volvió a su casa haciendo malignas suposiciones sobre el Mayor, a quien consideraba ya como un enemigo declarado.

Esta vez su ataque a la Novísima tuvo un éxito

mas deplorable que el del dia anterior. Juan miró el libro sin atreverse a abrirlo i le volvió la espalda ahogando un suspiro.

—Vamos, el amor i el estudio de las leyes son incompatibles, tal vez por ser aquella una pasion enemiga de trabas i sujeciones, se dijo el jóven volviendo a mirar el libro.

Tambien el lirismo del dia anterior se habia cambiado en furor epistolar. Juan miró su composicion empezada con una sonrisa, que si bien hacia mérito a su buen sentido, no honraba en manera alguna a su númen poético.

—No hai como mirar las cosas con sangre fria, se dijo, tomando el papel sobre el cual habia escrito los versos, si yo hubiese terminado ayer esta composicion habria querido hacerla imprimir; miéntras que ahora irá a hacer parte de mis rimas de juventud principiadas a los quince años i será la última flor de mi corona de niño, que quedará inconclusa, como los antiguos templos góticos, por haberse extinguido la fé del autor.

Mas, como dijimos, el furor epistolar habia reemplazado en el jóven al deseo de hacer versos amorosos.

«Señorita, escribió sobre una nueva hoja de papel, decirla que yo la amo con pasion será confiar a Ud. una cosa que la parecerá mui natural, mas, saber que yo pido de rodillas una contestacion a esta carta, será un acto calificado por Ud. de imper-

donable osadía. Pues bien, yo imploro perdon en nombre de mi amor, en el que he cifrado la dicha de mi vida, disculpándome con la imposibilidad en que me encuentro de poder hablar con Ud.—*Juan de Aria,* bachiller en leyes.»

Al siguiente dia, Juan, armado de su epístola se dirijió a la iglesia evitando la casa de la jóven en donde temia encontrarse con el Mayor. Despues de asegurarse de la presencia de su desconocida, Juan se colocó en la puerta de la iglesia i esperó la conclusion de la misa.

En medio de un grupo de mujeres, que salian prodigándose empellones i codazos, divisó Juan a la niña que luchaba en vano por salir de aquella masa compacta de fraternales devotas. Juan se abrió paso sin ahorrar su fuerza ni sus codos, llegó hasta la niña que parecia próxima a desmayarse i ofreciéndola el brazo volvió a abrirse camino, escudándola con su cuerpo, hasta ponerla fuera de aquel océano ajitado. Al dejar el brazo de la turbada jóven, Juan deslizó temblando en su mano el billete que traia preparado i sin esperar respuesta de ella desapareció entre la multitud que aun no se dispersaba a la puerta de la iglesia.

—En fin, mañana se decide mi destino, se dijo Juan al acostarse aquel dia. I ya es tiempo a fé mia, porque desde ayer me siento una fiebre devoradora. I mis estudios sufren de una manera lamentable. Si tuviera en mis manos esa carta, la llenaria

de frases ardientes como mi amor; porque he cometido la torpeza de escribirla una carta mui tibia.— Todo requiere práctica i yo me desquitaré en la segunda.

IV

Juan abandonó su lecho a la mañana siguiente cuando apenas los rayos del sol estendian su alegre luz sobre los tejados de la ciudad. Con el amor se habia puesto escesivamente matinal, i en vez de entregarse a esa hora a los libros para recuperar el tiempo perdido, manifestaba tal complacencia en los detalles de su toilette, que, dándose la última mano, la hora de la misa se hallaba ya mui próxima a sonar.

—Viva el amor, esclamó Juan arreglando su cabello castaño del modo que mejor creia convenirle, con él el espíritu compra una nueva vida, el alma, puesta en accion, desarrolla sus facultades sorprendiéndonos con su inagotable riqueza.....

—Señor, un caballero desea hablarle, dijo el portero de la casa interrumpiendo aquella disertacion en forma de monólogo.

—¿Una persona, maestro José? a mí? bah, se habrá equivocado Ud. No hai mas que una persona a quien recibiria con gusto, maestro José, i esa, por mi

mal, no puede venir a verme. Maestro, no estoi en casa, estoi invisible.

—Pero señor, el militar dice...

—¿Cómo, gritó Juan dando un salto de su silla, ¿el militar, dice Ud ? Yo no conozco a ningun militar, maestro José, téngalo Ud. bien entendido, i ademas me voi ahora a misa i no soi hombre de faltar a la iglesia por todo un rejimiento.

Al pronunciar estas últimas palabras, Juan vió abrirse la puerta de su habitacion i aparecer en el umbral de ella al Mayor, a su terrible pesadilla.

José desapareció en silencio i el Mayor se adelantó jesticulando una sonrisa perdida, como siempre, bajo su espeso bigote.

Juan se apoyó vacilante a una mesa i miró al militar como un domador de fieras. Mas el Mayor no parecia hombre tan fácil de domar, pues fué el primero que rompió el silencio.

—¿Creo que es el señor Juan de Aria a quien tengo el honor de hablar?

—En efecto, caballero, contestó Juan alentándose con el eco de su propia voz, i espero que Ud. me imponga del objeto de esta visita.

—¿Puedo sentarme, no es verdad? dijo el Mayor tomando una silla i saludando graciosamente al jóven.

—Como no, dijo Juan mordiéndose los lábios i permaneciendo de pié.

—Ud. me pregunta por el objeto de mi visita,

prosiguió el Mayor despues de un breve silencio, durante el cual fijaba con obstinacion su vista sobre el jóven; pues bien, caballero, voi a decírselo en dos palabras: me he tomado la libertad de venir a darle un consejo

—¿A mí?

El Mayor se inclinó con su burlesco movimiento de cabeza.

—El paso me parece, a la verdad, mui estraño, replicó Juan.

—Caballero, dijo el Mayor sin desconcertarse, he visto que Ud. es jóven, que toma un mal camino, i he creido un deber de conciencia venir a decírselo.

—¿De conciencia? esclamó el jóven a quien el militar hacia el efecto de un malvado, Ud. podia mui bien haberse evitado esta molestia: no recibo consejos de nadie.

—No lo sabia; pero ya que estoi aquí espero que Ud. no se negará a oirme, tanto mas cuanto que mis consejos son grátis i Ud. no parece mui rico.

El Mayor pronunció estas últimas palabras con un acento risueño i sarcástico que hizo estremecerse al pobre jóven.

—Vamos, se dijo sentándose, este malvado se ha propuesto venir a probar mi paciencia i en verdad que hai en él una estraña fascinacion que me hará oirlo hasta el fin.

Como no hiciera en alta voz ninguna objecion a sus palabras, el Mayor continuó:

—Señor de Aria, Ud. manifiesta demasiado interes por una jóven a quien no me conviene que Ud. enamore. Soi bastante claro me parece. Si Ud. estima en algo la felicidad de su vida, renuncie Ud. a sus locos proyectos, siga sus estudios i recíbase de abogado. Me han dicho que Ud. es mozo de provecho. Por el otro camino Ud. se pierde.

—Yo puedo manifestar interes a quien se me antoje, replicó Juan impacientándose, i si a Ud. no le conviene puede tomar sus medidas para impedírmelo: entre tanto, caballero, añadió levantándose i tomando el sombrero, yo iba a salir; si Ud. tiene algo que decirme mas tarde, ya sabe Ud la casa.

—Jóven, Ud. parece valiente; tanto mejor; pero no por eso eche mi consejo en saco roto. El camino que Ud. ha tomado es sumamente resbaladizo: créame, mejor es abandonarlo.

I el Mayor hizo ademan de irse; pero volviéndose de nuevo:

—Ah, dijo, una advertencia, señor de Aria: yo no aconsejo mas que una sola vez.

I tras esto, hizo a Juan un saludo lleno de amarga cortesía i salió meneando alegremente la cabeza.

—Este mata moros me parece hombre mas para venganzas que para duelos, dijo el jóven saliendo tras él i tomando la direccion de la iglesia. De todos modos, esa mirada fria i penetrante parece siempre un anuncio lúgubre, i mejor querria tener por ene-

migo a cualquier otro hombre que a este militar de mal agüero.

I Juan, no obstante su valor i su alegría de jóven, sentia un malestar vago e inquieto que en vano trataba de desechar con el recuerdo de su desconocida.

En la iglesia recorrió las naves en varias direcciones sin divisar a la niña.

—El dia no está para goces, se dijo saliendo desconsolado, bien debia yo haberlo previsto cuando tuve por desayuno a ese Mefistófeles en traje de Mayor. Tal vez sea él su padre, su tutor o qué sé yo, i la habrá prohibido la misa en esta iglesia.

Juan se sintió abrumado de pesar con esta nueva idea. Como todos los amantes, contaba solo con la felicidad, olvidándose de los obstáculos que podian impedírsela. Tambien la hermosura de la jóven cobró en su memoria proporciones ideales con el temor de perderla i todas las faces de su nueva pasion se ajitaron en su espíritu revestidas de la belleza májica de los sueños. Su amor pasaba a ser un recuerdo. Juan suspiró desalentado; mas bien pronto el impetuoso ardor de los años, venciendo todos sus temores, le hizo armarse de una resolucion desesperada.

—Aun cuando debiera pasar sobre el vientre del Mayor, se dijo Juan, juro que he de saber si soi amado o nó. ¿Con qué derecho me prohiben verla? La mujer, ántes de amar, es como una mariposa

que tiene el derecho de quemarse en la luz que mas la fascina; contrariar su deseo es solo retardar la realizacion de su capricho...

En estas reflexiones se sintió tocar lijeramente el brazo i al volverse reconoció a la mujer que, en los dias anteriores, acompañaba a su desconocida.

—¿Ud. es el señor Juan de Aria? preguntó la vieja.

—El mismo, mi buena señora.

—Entónces esta carta es para Ud.: mañana a esta hora volveré aquí mismo por la contestacion.

Juan puso en manos de la vieja todo el dinero que contenian sus bolsillos i se alejó con su tesoro mas contento que si llevara su título de licenciado.

V

La carta contenia solo las líneas siguientes:

«Las personas como yo condenadas al aislamiento deben rechazar, en contestaciones como la que Ud. me pide, los subterfujios con que muchas mujeres disfrazan sus verdaderas inclinaciones. Desde ayer solo pienso en Ud.; ojalá su corazon sea tan sincero i noble como yo lo supongo: confío en su lealtad i discrecion.

«Por algun tiempo al ménos no podré salir a misa, pues hai quien espía todos mis pasos ¿podré es-

perar que Ud. no se impaciente con estas contrariedades?»

—No, Julia, bien de mi vida, esclamó Juan loco de alegría, leyendo este nombre al pié de aquella carta. Mi vida entera te pertenece ya, yo sabré vencer los obstáculos que nos separan. Bien decia yo que su nombre debia ser dulce i amoroso como sus ojos.

El buen jóven se olvidaba que el amor presta su armonía a los nombres mas disparatados del calendario, así como convierte en adorables prendas los defectos de la persona querida. No que nosotros no pensemos lo mismo que Juan sobre el nombre de Julia i muchos otros que tienen su armonía propia i jeneralmente reconocida.

—Entre tanto, se dijo el jóven a la veinteava lectura de la carta i cuando los primeros trasportes de alegría se hubieron calmado, ella no me dice si es soltera, viuda o casada. Juan, amigo, eres de una torpeza imperdonable: la virjinal pureza de su frente, el casto rubor de sus mejillas, la diáfana inocencia de su mirada debian haberte ahorrado esta duda.

I Juan decidió que su bella desconocida era soltera.

—Entre tanto, pensó, soi amado esto es lo principal del caso. Ah, si mi profesor fuese hombre capaz de comprender estas cosas, me dispensaria mis faltas de los últimos dias; pero no hai que pensar

en eso; las leyes tomarán el camino que se les antoje, que yo tomo, desde ahora, el de la felicidad.

Esta májica palabra es el horizonte del porvenir, durante la primera mitad de la vida; en la segunda es el horizonte de los recuerdos.

Juan se hallaba en la primera i se creia dueño del mundo entero: el buen jóven amaba i era amado: buscad otro paraiso mas bello, i en los límites del mundo no lo encontrareis. Esta verdad hará tal vez sonreir de compasion a los millonarios que esperan el pingüe resultado de algun negocio. No importa, el oríjen de la humanidad los desmiente i sus herederos son los únicos que se dolerian de los infortunios que pudiesen sobrevenirles, miéntras que el sepulcro de Heloisa i Abelardo está siempre cubierto de floridas coronas.

Los que han amado comprenderán la impaciencia con que Juan esperó la misa del dia siguiente.

En su contestacion a Julia le pintaba su amor con todo el colorido de su entusiasmo i concluia por pedirla una entrevista.

La criada fué puntual a la cita i recibió la carta de Juan sin negarse a tomar el dinero que la pasó al mismo tiempo.

—Esta vieja está haciendo a mi sastre un mal incalculable, se dijo Juan, cuando la vió alejarse despues de prometerle una contestacion para el dia siguiente. Cómo ha de ser, despues vendrá el tiem-

po de las economías i de la enmienda: entre tanto pensemos en ser feliz.

Hai séres privilejiados que poseen la facultad envidiable de reconcentrarse en la felicidad presente, para vivir solo en ella, escluyendo toda idea enojosa que pueda por un instante empañar la alegría que han alcanzado. Por mas que ellos parezcan pertenecer a la jeneralidad, son verdaderas escepciones de la regla comun: el cuidado es un huésped tenaz que por todas partes nos importuna paralizando nuestros lábios cuando quieren prestarse a la risa.

Pero Juan era de los privilejiados: alegre de carácter, esclusivo por naturaleza i enemigo sistemático de los términos medios, olvidaba con singular facilidad sus deudas i sus deberes para entregarse a ese diálogo perenne que entablan los amantes con la sombra de su querida, cuando el destino los separa.

—I el Mayor meneará la cabeza creyendo haber triunfado de nuestro amor, se decia Juan miéntras caminaba a su cita con la criada; el espantoso militar olvida que impedir a una mujer que haga su voluntad es un problema como el del nudo gordiano en donde la astucia vale mas que la fuerza.

—I por cierto que el Mayor tiene trazas de hombre cruel pero ninguna de astuto.

La contestacion de Julia era tierna; ella ardia tambien en deseos de ver a su amante, de oir su voz decir «yo te amo» i las protestas de su eterna

constancia; mas la idea de una entrevista la hacia temblar; era mas prudente aguardar tiempos mejores; la vijilancia de su padre no seria siempre tan rigorosa i terminaba jurando una constancia a toda prueba.

Juan era hombre previsor i esperando esta negativa habia preparado una réplica reforzada con mil injeniosos argumentos. Con el último resto de sus economías supo ademas interesar el celo de la criada i obtener de ella la promesa de todo su influjo para vencer los tímidos escrúpulos de la jóven.

Por fin, al dia siguiente, la criada le designó el lugar a donde debia acudir aquella misma noche para ser conducido a casa de Julia.

Juan, durante aquel dia, fué un optimista consumado, todo para él era bueno en este el mejor de los mundos.

VI

Llegada la hora de la cita Juan se cubrió la cabeza con un fieltro gris que usaba en los viajes a su provincia natal i echó sobre sus hombros una vieja capa aunque el verano estaba en toda su fuerza.

—Llegar sin capa a una cita, pensó el jóven, seria lo mismo que asistir a un baile con levita de brin blanco so pretesto del calor.

Miróse al espejo despues de embozarse i no pudo contener una sonrisa de satisfaccion.

—Ni el mismo Mayor podrá reconocerme si me encuentra, tengo todo el aire de un conspirador de teatro.

Dicho esto se dirijió con paso apresurado al lugar de la cita.

Allí esperó ¿qué amante no se anticipa en su primera cita? i cuántos se atrasan en las otras!

Pasados algunos momentos, una mujer se acercó al jóven sin dirijirse a él directamente.

—Señor don Juan, dijo la mujer sin mirarlo.

—Aquí estoi, señora mia, contestó el jóven avanzando hácia ella, Ud. parece mujer de militar por la puntualidad.

—Sígame Ud. i no hablemos, dijo en voz baja la mujer, pues bien pudiera ser que nos observasen.

La criada adelante i Juan tras ella, atravesaron varias calles hasta llegar a la casa del balcon.

Al subir la escala Juan tuvo necesidad de pararse para respirar: estaba ajitado como si hubiese corrido muchas cuadras.

—I bien ¿por qué se pára usted? preguntó la criada.

—Vamos, se conoce que Ud. no ha tenido citas, dijo Juan, o que ya ha olvidado lo que en ellas pasa: me paro para tomar aliento, la emocion i la capa me hacen sudar arroyos.

—Suba Ud. con confianza, le dijo ella, pues la

casa está solo a estas horas, el patron no vuelve nunca temprano.

Juan tomó la capa en el brazo i subió la escalera mas tranquilizado.

La mujer se detuvo delante de una puerta i la entreabrió mostrándola al jóven que no se hizo repetir dos veces la indicacion.

Juan penetró en un pequeño salon amueblado con algunos restos de lujo. Julia acababa de dejar un libro en cuya lectura parecia estar ocupada. Su traje era sencillo i elegante: un vestido de muselina cerrado con una cinta al cuello. Esta sencillez hacia resaltar la belleza de su rostro i la gracia delicada de su cuerpo.

—Ah, Julia, dijo el jóven contemplándola con admiracion, si Ud. supiese cuanto he suspirado por este instante, no se habria negado tanto a concedérmelo.

—¿Podia yo estar segura de su amor? ¿Lo estoi acaso en este instante?

—Es cierto que yo no tengo mas prueba que mis juramentos i la verdad de mi amor, que es tan profundo, que apénas concibo cómo se pueda dudar de él.

Julia iba a hablar i la voz se paralizó en sus lábios, al mismo tiempo que su rostro se puso espantosamente lívido.

—¿Qué tiene Ud.? dijo el jóven con mortal inquietud.

—He oido abrir la puerta de entrada, contestó ella.

I en efecto, en el mismo instante se oyó el sonido de una llave i despues el golpe de una puerta que se cerraba.

—Ocúltese Ud. aquí, dijo Julia, conduciendo al jóven a un pequeño gabinete contiguo a la pieza en donde se encontraban. Volveré aunque sea al amanecer.

I empujó al consternado jóven, cerrando tras él la puerta con vidriera que servia de entrada al gabinete.

Juan, a quien el tiempo de reflexionar habia faltado, se acercó temblando a la puerta i apartó un poco la cortina que cubria la vidriera para adivinar la causa de la inesperada turbacion de la jóven. Vió a Julia leyendo al lado de la mesa en el libro que acababa de dejar i un momento despues al terrible Mayor, acompañado del hombre con quien dias ántes lo habia visto pasearse en el balcon.

—¡Ah, siempre este hombre fatal, se dijo Juan sintiéndose asaltado el espíritu de todas sus supersticiones sobre el Mayor.

El otro hombre se acercó a Julia i la besó en la frente.

—Hija mia, la dijo, retírate a tu cuarto: tenemos que hablar con el Mayor de asuntos importantes.

—I que tal vez conciernan a Ud., dijo el militar

tratando de tomar a Julia una mano, que ésta retiró vivamente.

—¡Malvado! murmuró Juan empuñando las manos con furor.

—Mándame a Paula, dijo a la niña su padre.

Julia se retiró i los dos hombres se sentaron frente a frente, al lado de la mesa, en donde la luz de dos bujías iluminaba todas sus facciones.

Las del padre de la niña acusaban la misma inquietud i abatimiento que Juan habia notado la primera vez que lo vió, miéntras que las del Mayor formaban un conjunto rechazante, que era puesto en mayor relieve por la diabólica alegría de su mirada.

La vieja criada se presentó a la puerta del salon.

—Trae agua i coñac, dijo el padre de Julia, mirando las luces con ojos melancólicos.

Cuando la vieja se hubo retirado, despues de dejar sobre la mesa una botella de agua i otra de coñac, el padre de Julia llenó los dos vasos i despues de hacerse un lijero saludo, ámbos apuraron de un solo aliento mas de la mitad de su contenido.

—Ahora, dijo el Mayor encendiendo un grueso cigarro, trataremos de nuestro asunto si a Ud. le parece, señor don Leandro.

El interpelado bebió el resto del vaso i miró al Mayor con ojos suplicantes.

—Ud. sabe mis pretensiones, dijo despues de guardar silencio durante algunos momentos, espero

que Ud. tenga la jenerosidad de prolongarme el plazo para pagarle los diez mil pesos que Ud. me ha ganado.

—La única dificultad que tengo para ello, mi señor don Leandro, contestó el Mayor, es que necesito absolutamente de ese dinero.

—Por ahora carezco de esa suma i tal vez me rehaga en poco tiempo, pues la suerte, que hasta aquí me ha sido fatal, puede mejorarse.

—Ud. puede pagarme sin desembolsar un solo real, dijo el Mayor, con una mirada que heló la sangre de Juan, que no perdia un solo movimiento de los interlocutores de aquella escena.

—¿I cómo? preguntó el infeliz don Leandro, en cuyo rostro brilló un rayo de esperanza.

—¡Ud. me lo pregunta! prosiguió el Mayor llenando los vasos, i se olvida del tesoro que Ud. tiene encerrado en esta casa!

—¡Julia! esclamó aterrado don Leandro, es mi única familia, un ánjel!

I al decir esto sus ojos se llenaron de lágrimas.

Juan escuchaba en una terrible ansiedad.

—Sí, dijo el Mayor saboreando su bebida, un ánjel, esa tambien es mi opinion i por eso deseo su felicidad. Si Ud. quiere verse libre de su deuda, puede hacerlo con dos palabras i Julia será mi mujer.

—No, nunca tendria valor para sacrificarla, esclamó don Leandro.

Juan hubiera querido arrojarse en sus brazos i bendecirlo por aquella respuesta.

—Comienzo a creer que Ud. no está en su juicio, mi buen hombre, dijo el militar con su sonrisa que equivalia a una amenaza. Ud. no piensa en lo que habla, por vida de Cristo, cuando llama esto un sacrificio.

—Vea Ud., dijo don Leandro, buscando en el licor la enerjía que le faltaba, yo he sido mui desgraciado.

—Bah, quien no ha tenido sus pesares, tanta mas razon para aceptar la felicidad que yo le ofrezco, amigo mio.

—Yo vivia feliz con mi mujer i dos hijos, i Dios me los ha quitado.

Don Leandro, exaltado por el coñac, no se daba el trabajo de ocultar sus lágrimas que corrian quemantes sobre sus pálidas mejillas, miéntras el Mayor se entretenia en observar el humo del cigarro.

—Mi mujer, prosiguió don Leandro, recojió a esta pobre criatura cuando apénas tenia tres meses.

—¿Qué criatura? preguntó el Mayor sin darse el trabajo de mirar a don Leandro.

—Julia, contestó éste, es hija de una amiga nuestra que murió al darla a luz. Ah! es una historia bien triste!

—Pasemos sobre ella, dijo el Mayor, no quiero enternecerme, con mil demonios, bastante he llorado cuando niño, ya no tengo lágrimas.

—A la muerte de mi mujer i mis pobres hijos, prosiguió don Leandro, todos mis afectos debieron concentrarse sobre ella; mas el pesar me vencia i no obstante los cuidados de Julia, su amor i sus caricias, yo sentia que el sentimiento me robaba poco a poco la razon; hasta que un dia Ud., Mayor, me llevó a esa maldita casa de juego.

—Quéjese Ud. porque le procuré una distraccion, dijo el Mayor; desde entónces Ud. es otro hombre i ha engordado visiblemente.

—Allí Ud., noche a noche, me ha ganado cuanto tengo.

—Es decir amigo que la suerte le ha soplado mal.

—I ahora quiere Ud. que le sacrifique el único sér que me ha consolado en mi desgracia: ¡oh, nunca, nunca!

I aquel hombre, agobiado por el esfuerzo de voluntad que habia hecho, dejó caer sobre las manos su cabeza abrasada por los vapores del licor.

Aquella lucha de dos hombres casi ébrios, disputándose el corazon de una pobre niña, tenia algo de horrible que habria hecho estremecer de compasion i de horror al sér mas impasible. Juan, que veia en ella comprometidos su felicidad i a su amor, temblaba como un reo que oye la lectura de su sentencia.

—Cálmese Ud., mi buen amigo, dijo el Mayor, contemplando la afliccion de don Leandro con im-

perturbable sangre fria. Con mil diablos, yo soi mejor que lo que Ud. piensa; pero, Dios me confunda, si comprendo la causa de su tristeza. ¿Ud. ama a la niña como un padre, no es verdad?

—Con toda mi alma, ella es toda mi familia.

—I Ud. se aflije porque yo le brindo la felicidad de su hija i su propia tranquilidad.

—Dejarla libre de elejir un marido, era lo único con que podia pagar su ternura, i Ud. me pide que violente su voluntad, casándola con un hombre a quien no ama.

—El amor se cria, i nadie ha dicho que sea la condicion indispensable del matrimonio.

El Mayor pronunció estas palabras con su sarcástico movimiento de cabeza i dejando caer sobre don Leandro la mirada del leon sobre su presa.

—En fin, añadió levantándose, se hace tarde i necesito una respuesta terminante.

Don Leandro bebió un nuevo vaso de coñac i miró resueltamente al Mayor.

—Me dará Ud. ocho dias para responder, contestó con voz firme.

—Ni una hora.

—Pues Ud. hará lo que le convenga, dijo don Leandro, llenando nuevamente su vaso.

—Mui bien, esclamó el Mayor, parándose delante de él, mañana dormirá Ud. en la cárcel i su hija quedará abandonada.

Los ojos de don Leandro se abrieron con espanto.

—I lo que Ud. no quiere conceder, continuó el Mayor, se obtendrá por la violencia.

—No, piedad, piedad, gritó el infeliz cayendo de rodillas.

—Piénselo Ud., es mi última palabra.

—Será con una condicion, dijo tímidamente el padre de Julia.

—¿Cuál?

—Que Ud. la constituya un dote de veinte mil pesos.

—Convenido, dijo el Mayor, Ud. debia haber comenzado por esto. Así, mañana se principiarán las dilijencias i en ocho dias mas me entrega Ud. la niña i yo el documento.

—Bien, dijo don Leandro con voz apagada.

—Hasta mañana entónces, dijo el Mayor, i trate Ud. que no sea preciso repetir esta escena: yo aborrezco los llantos i las súplicas, que me irritan léjos de conmoverme.

I despues de estas palabras, salió apoyando la mano derecha sobre el puño de su larga espada.

Don Leandro dejó caer la barba sobre el pecho i quedó inmóvil durante algunos instantes; luego levantándose:

—Vamos, dijo, aun hai una esperanza i con doscientos pesos que me quedan podré tal vez ganar esa suma i comprar la libertad de mi hija.

Llamó a la criada, dió órden de cerrar las puertas i bajó precipitadamente la escalera.

VII

Por algunos instantes todas las habitaciones de la casa quedaron en un profundo silencio.

Juan, aterrado con el pacto que acababa de oir ajustar, pacto que daba un golpe funesto a sus mas queridas esperanzas, permanecia inmóvil, apoyado a la puerta del gabinete i lleno el espíritu de mil temerarios proyectos.

Julia abrió la puerta, sacándolo de su angustiosa meditacion. Los ojos de la niña estaban bañados en lágrimas.

—¿Ud. ha oido lo que aquí se decía? preguntó Juan.

—Todo, contestó ella, fijando en el jóven sus bellos ojos, a los que las lágrimas prestaban un encanto indecible.

Hubo un momento de silencio, durante el cual ellos parecian querer olvidar mirándose, el inminente peligro que los amenazaba.

—¿I qué piensa Ud. hacer? preguntó Juan con acento que la emocion hacia inseguro.

Julia bajó tristemente la cabeza sin responder.

—Julia, esclamó el jóven tomando la temblorosa mano de la niña, ¿Ud. ama a ese hombre?

—¡Oh! murmuró ella cubriéndose el rostro con horror, me causa espanto!

—¿I se resigna Ud. a sacrificarse para servir de pago a una deuda de juego?

—¿I qué puedo hacer? dijo ella alzando sobre Juan sus anegados ojos.

—Hace un momento, replicó el jóven, yo me quejaba de no poder probarla mi amor; pues bien, Julia, esta circunstancia fatal viene ahora a ofrecerme la ocasion de hacerlo, disponga Ud. de mí, de mi vida entera como de algo que esclusivamente la pertenece.

—Pero Ud. mismo, Juan, contestó Julia con voz llena de dulzura ¿qué puede Ud. hacer por mí? Ud. no me ha ocultado en sus cartas que es pobre i sin apoyo.

—Es cierto, dijo Juan, soi pobre, no tengo apoyo alguno en el mundo; pero tengo mi amor.

Juan se hallaba aun en esa edad feliz en que el hombre cree a ciegas que el amor es un poder irresistible, con el cual se vencen todos los obstáculos materiales de la vida.

—Si Ud. me ama, prosiguió él, ¿por qué no une su suerte con la mia? ¿por qué no acepta Ud. mi vida, mi amor eterno e inmutable, en lugar de resignarse a ese sacrificio horrible a que quieren condenarla un malvado i un hombre sin enerjía i sin razon? Piense Ud. ademas que ese sacrificio será estéril, aunque le cueste a Ud. toda su existencia, pues su padre ha jugado ya toda su fortuna, i volverá a jugar cuando se encuentre libre de su deuda:

entónces, no teniendo ya a quien inmolar para satisfacer su vicio, inmolará su honor i se hará falsificador, bandido, malvado, como el hombre que acaba de comprar a Ud. hace un momento.

Julia ocultó su rostro entre sus manos i por algunos instantes solo se oyeron sus ahogados sollozos. Juan entre tanto la contemplaba con una mezcla de amor i desesperacion imposible de describirse.

El llanto de la mujer amada es para los corazones jóvenes el mas horrible suplicio: sus ojos tambien se nublaron de llanto, que el jóven no se tomó el trabajo de enjugar.

—Julia, dijo por fin, los momentos pasan i es necesario tomar una resolucion.

—¡I qué puedo hacer, Dios mio! esclamó la niña levantando al cielo sus ojos suplicantes.

—Huir conmigo, dijo Juan, mi vida es de Ud. i en vez de un sacrificio miserable, me hará Ud. el mas feliz de los hombres.

—¡Huir! dijo Julia con espanto.

—Ah! Ud. me desprecia, Ud. prefiere entregarse a ese hombre! Julia, Ud. no me ama!

I el jóven se dirijió con precipitacion hácia la puerta. Julia se arrojó entre ésta i Juan impidiéndole la salida.

—No, dijo enjugando su llanto, yo no permitiré que Ud. salga de aquí con esa creencia; yo podria tal vez resistir a mi horrenda desgracia; pero abo-

rrecida o despreciada por Ud., Juan, siento que no podria vivir.

—¿I entónces, preguntó él, por qué se niega Ud. a huir?

—Juan, Ud. me propone abandonar a mi bienhechor, a mi padre, cuando todas las desgracias se desploman sobre su cabeza ¿quién podria disculparme jamas?

—Todos, Julia mia, dijo Juan haciéndola sentarse i colocándose a su lado, todos; porque es huir de la prostitucion el no vender su pureza por una infamante cantidad de oro, aun cuando Ud. sea impulsada por nobles sentimientos, si sabe que estos a nadie aprovecharán. Miéntras que si Ud. consiente en venir conmigo, Julia, Ud. será respetada como un sagrado depósito, yo seré su hermano, hasta que llegando al lado de mis padres, pueda darla el dulce nombre de esposa. Allí viviremos oscuros, pobres tal vez; pero nos amaremos tanto, que nuestra vida será venturosa como un sueño feliz.

La niña escuchaba a Juan, queriendo encontrar en sus palabras la fuerza que la faltaba para decidirse. Juan viéndola vacilar preguntó:

—Julia ¿me ama Ud.?

—Sí, contestó ella, mas que a mi vida.

—Pues entónces no me moveré de aquí hasta que haya disuadido a su padre de cumplir un compromiso que ha hecho sin su voluntad i sin su ra-

zon, i en último caso esperaré a ese Mayor, que pretende hacerse obedecer a su antojo.

—Juan, esclamó la niña arrojándose a sus piés, por Dios, parta Ud., déjeme cumplir con un deber sagrado; olvide mi amor i busque la felicidad en el mundo. Ud. es jóven i hallará mil mujeres que lo amen con orgullo, ¿por qué quiere Ud. sacrificarse a mi desgracia?

—No, dijo él, mi resolucion está tomada, Ud. no será nunca de ese hombre miéntras yo tenga un resto de vida: aquí lo esperaré.

—Pues bien, huiré con Ud., dijo Julia levantándose.

—Ah, esclamó Juan lleno de alegría, ahora soi feliz, Julia, porque creo en su amor.

En este instante las campanas de las iglesias vecinas tocaban las doce i media.

Julia hizo los preparativos de su viaje en un momento, alentada por el jóven que no dejaba desmayar su resolucion.

VIII

A las cuatro de la tarde del siguiente dia, Julia i Juan salian de la ciudad en una dilijencia que debia llevarlos a la provincia donde residia la familia de nuestro héroe.

En aquel mismo dia los periódicos publicaban en la crónica local el párrafo siguiente:

«Horrible asesinato: el señor don Leandro Gálvez, honrado comerciante de esta capital, ha sido encontrado esta mañana cubierto de heridas en su propia habitacion, por un amigo que tenia cita con él a las nueve del dia de hoi. La criada i una hija adoptiva del señor Gálvez, únicas personas que habitaban la casa, han desaparecido i solo se ha encontrado un puñal junto al cadáver del occiso. La policía hace las mas activas dilijencias para tomar a los que se presumen autores de este monstruoso atentado.»

—Mañana, Julia, decia Juan a la niña cuando la dilijencia salvaba los límites de la ciudad, cesarán todas nuestras inquietudes i Ud. será mi esposa ante Dios i los hombres.

El Mayor, entre tanto, se habia puesto a la cabeza de la policía para descubrir a los autores del asesinato de don Leandro Gálvez, segun él, su amigo mas querido i de cuya pérdida nunca podria consolarse.

IX

La esperiencia se compone de una série de desengaños de los cuales el primero se pierde en las nieblas de la infancia i el último jamas en vida lo

alcanzamos. Por esto es que el hombre se vuelve precavido i tímido a medida que avanza en la existencia.

Pero Juan i Julia habian vivido poco i entregados a su amor, olvidaban alegres el pasado para mirar sin zozobra el porvenir.

Ademas el campo de los proyectos felices es inmenso, como saben los que aman o han amado, de manera que nuestros dos amantes tenian sobrada materia de conversacion, para ocuparse de otra cosa que de las consecuencias de su fuga. Caminaban, pues, contentos i confiados, sin sentir el frio ni el calor, el cansancio ni el polvo del camino, inconvenientes que solo molestan a los que viajan por gusto o por negocios; pero jamas a los que viajan por amor.

Veian tambien, al paso, campos verdes i risueños, i el campo despierta siempre alegría en las almas jóvenes i felices. Cada bosque de árboles era saludado por ellos con infantil sorpresa, cada cabaña rústica seria un eden si ellos hubiesen podido habitarla. El amor es fresco i alegre en su mañana, su sol lo ilumina todo a traves de la ilusion; todo canta, todo sonríe, todo es entónces diáfano i puro como esa ilusion que le presta su pasajera poesía: despues, en la tarde.... pero Juan i Julia apénas se hallaban en la mañana, aunque esta tenia algo de tropical por la intensidad de su ardor.

Los jóvenes fueron llamados a la vida real por

un ruido de voces, que no era el de los postillones animando sus caballos.

—Alto ese carruaje, gritó una voz que hizo estremecerse a los dos enamorados.

La dilijencia se detuvo, obedeciendo a este imperioso mandato. Juan sacó la cabeza por la ventana del coche i vió que estaban rodeados de jente armada.

Al mismo tiempo Julia daba un grito arrojándose al fondo del carruaje. ¡Habia visto al terrible Mayor, con espada en mano, avanzarse hácia la ventana por donde ella miraba!

—Vamos, mi hermosa fujitiva, dijo el Mayor, parece que Ud. con toda su inocencia, sabe hacer las cosas en regla.

—Caballero, ¿qué pretende Ud.? preguntó Juan abriendo la puerta del coche i bajando a tierra con lijereza.

—Una cosa mui sencilla, señor de Aria, contestó el militar con su infalible sonrisa, quiero que Uds. vuelvan a andar el camino que han hecho, i escoltados por nosotros. Ya ve Ud. que no puedo ser mas galante.

—¿I con qué derecho pretende Ud. oponerse a nuestra marcha?

—En primer lugar con el que me da esta órden, i en seguida con el derecho mas antiguo del mundo: el derecho de la fuerza.

I el Mayor mostró una órden, firmada por el juez

del crímen de la ciudad, que lo facultaba para arrestar a Julia en cualquier parte que fuese encontrada i conducirla a la cárcel.

—I Ud., como cómplice, marchará tambien con nosotros, continuó el Mayor.

—Malvado, esclamó Juan ciego de cólera, arrojándose sobre el Mayor.

Este hizo una señal sin inmutarse en nada i los hombres que lo acompañaban se apoderaron de Juan, quitándole todo movimiento.

—Señor de Aria, volvió a decir el Mayor con su burlesca sonrisa, ya vé Ud. que era mejor haber seguido mis consejos. Créame, yo soi hombre de esperiencia i le aseguro que Ud. está gastando su valor con mucha irreflexion; guárdelo Ud. para mas tarde, tal vez necesite de él.

El Mayor acompañó estas últimas palabras con una estraña entonacion de voz, que resonó lúgubremente en los oidos del jóven.

—Ud tiene la fuerza i puede burlarse de mí, dijo éste, bien se vé que Ud. se da prisa en ahorrar su valor si es que lo tiene; pues lo que Ud. hace en este momento, es de un cobarde bien infame.

—Mi opinion es que estamos perdiendo el tiempo, señor de Aria, replicó el Mayor como si no hubiese oido los insultos del jóven, pues ya hemos tenido el suficiente para descansar. Emprenderemos, pues, la retirada còn una lijera modificacion: Ud. i yo cambiaremos de lugar, pues Ud. tomará mi ca-

ballo, un excelente animal que estoi seguro le parecerá magnífico i yo, que a la verdad me siento un poco cansado, ocuparé su asiento al lado de esta inocente criatura.

Juan, que no habia imajinado este nuevo golpe sintió flaquear todas sus fuerzas. En este momento Julia se dejó caer del carruaje i se asió del cuello del jóven.

—Mátenos Ud. mas bien, esclamó, pues será la única manera de llevar a cabo su plan infernal.

Mas la pobre niña no contaba con las fuerzas de veinte hombres, que a un jesto del Mayor la arrancaron de los brazos de Juan arrojándola en el coche.

Al cabo de algunos instantes la marcha se emprendió como el Mayor lo habia dispuesto. En aquella misma noche, las puertas de la cárcel se abrieron para dar paso a esta comitiva que penetró silenciosamente en el lúgubre edificio.

X

Los dos jóvenes atribuian hasta entónces a la fuga el motivo de su prision: ámbos ignoraban aun las tenebrosas tramas del Mayor urdidas sobre la muerte de don Leandro. Por órden del juez habian sido colocados en distintos calabozos i sometidos a una severa vijilancia.

Julia se habia arrojado de rodillas sobre el suelo

del cuarto que la servia de prision i allí habia implorado toda la noche la proteccion del cielo. ¡Cuán pronto se habian desvanecido sus bellos proyectos del dia! Su amor, las tiernas palabras de Juan, todo le pareció un sueño. Su prision misma la creia por momentos una horrible pesadilla!

Juan, por su parte, no acertaba a esplicarse las causas de la vijilancia que con ellos se desplegaba.

—Robarse una niña, se decia el jóven, no me parece un crímen tan horrendo que merezca la severidad con que se nos trata. Aquí está la mano del Mayor; pero triunfaremos de su jenio infernal. Si hai justicia, me obligarán a casarme con Julia i seremos felices....

El sueño cortó sus proyectos venturosos. Juan tenia, como hemos dicho ya, la facultad de olvidarse de los pesares presentes para divisar solo las dichas del porvenir: tenia veinte i cinco años i aun en su prision el porvenir le parecia risueño.

Al dia siguiente la noticia del apresamiento de los jóvenes se habia esparcido por toda la ciudad i los periódicos referian los detalles del suceso encomiando el celo i perspicacia del Mayor.

Dos dias despues los debates se abrian en medio de un inmenso jentío ávido de conocer a aquellos dos jóvenes a quienes todas las apariencias acusaban de la misteriosa muerte de don Leandro.

Julia habia sido colocada en un banco junto al cual se hallaba su defensor. El rostro de la pobre

niña acusaba todas las angustias de aquellos dos dias de horrendo suplicio: hubiérase dicho que su vida pendia de los ojos de Juan, de los cuales los suyos no se apartaban un instante, secos, escaldados ya por el llanto de dos dias, sin una sola lágrima que humedeciese el ardor de sus párpados. Al mirarla tan bella todos habrian jurado por su inocencia

Juan se hallaba sobre otro banco rodeado de su viejo padre i sus dos hermanas que lloraban desesperados. Los frescos colores habian desaparecido de las mejillas del jóven, sus ojos, que tambien buscaban la vida en los de Julia, estaban abatidos por una melancolía abrumadora i su altiva frente se inclinaba pálida sobre el pecho, como la de un hombre que confía a Dios su destino o se abandona a la fatalidad de su estrella.

Nosotros renunciaremos a describir una a una las peripecias de aquel drama funesto, en que la inocencia de los acusados se estrellaba contra las numerosas pruebas acumuladas por el Mayor para perderlos.

Entre los testigos, el único que no habia sido comprado por el implacable Mayor, declaró haberse estado vistiendo al amanecer del dia del asesinato, en su cuarto que se hallaba al frente de la casa de don Leandro. Su atencion habia sido llamada por un fuerte ruido que salia de esa casa, i bien que las sombras de la noche no le permitian ver con distin-

cion los objetos, habia divisado por su ventana, despues que el ruido de voces habia cesado, abrirse la puerta de la casa i salir de ella dos personas de las cuales la una parecia un hombre encapado i con un sombrero de anchas alas i la otra una mujer a juzgar por su vestido i estatura.

Esta declaracion, comparada con la esposicion que Juan i la niña habian hecho de su fuga, parecia confirmar en todo la de los testigos comprados por el Mayor, los que aseguraban haber visto salir a los jóvenes de casa de don Leandro al amanecer del dia del asesinato.

Por otra parte, Paula, la criada de don Leandro, habia desaparecido.

Los dias concedidos para la prueba por testigos trascurrieron sin que la familia de Juan ni los numerosos interesados por su causa, hubiesen podido presentar una sola persona que desmintiese los hechos probados, hasta la evidencia, por el Mayor.

El abogado de los jóvenes desplegó en vano todos los recursos de la elocuencia: las pruebas eran aterradoras i los jueces se retiraron para fallar, dejando a la multitud que se apiñaba en la sala de los debates entregada a una horrible ajitacion.

Al cabo de cortos instantes los jueces ocuparon de nuevo sus asientos, en medio de un profundo silencio.

Entónces se leyó la sentencia de los acusados:

ésta los condenaba a muerte por unanimidad de votos.

Julia i Juan se miraron como dándose el último adios i despidiéndose para reunirse en el cielo, último refujio de los inocentes; pero sus lábios no pronunciaron una sola palabra, ni brotó de sus ojos ni una sola lágrima. Dos jemidos se oyeron al terminar la lectura de la sentencia i las tristes hermanas del jóven cayeron sin sentidos en brazos de su angustiado padre, que alzó su vista al cielo, pidiendo la compasion que los hombres no podian darle sobre la tierra.

XI

Los reos fueron puestos en capilla despues de la notificacion de la fatal sentencia, i los relijiosos encargados de prepararlos al último suplicio vinieron a consolar con promesas del cielo a aquellas dos almas ligadas aun a la tierra por su juventud, por su amor i su inocencia: sus palabras de relijion fueron desoidas, sus consuelos fueron desechados con llanto; la lejana música de terrenales esperanzas resonaba aun con poderosa armonía en sus enamorados corazones i érales imposible, tan jóvenes i amantes, desprenderse de la tierra, cuando a dos pasos del camino andado divisaban alzarse lozanas las flores gallardas de su pasion primera.

Ademas, entregados a solitaria meditacion i puestos frente a frente de sus conciencias, los dos jóvenes divisaron su vida pasada, límpida i serena como un cielo de estío: nada tenian de que arrepentirse, nada que les hiciese mirar como un castigo el rigor tirano de la suerte; i hallándose sin remordimientos, faltábales la conformidad que la relijion les aconsejaba: ¡solo podrian desesperarse i llorar!

Los amigos de Juan, desplegaban, en tanto, toda la actividad i recursos de que podian disponer para descubrir el paradero de la criada, la única tal vez que podria esplicar la misteriosa muerte de don Leandro; mas todos sus esfuerzos amenazaban ser completamente estériles, porque el dia de la ejecucion habia llegado i hasta entónces las pesquisas habian sido infructuosas.

En la mañana de aquel dia los dos jóvenes obtuvieron la gracia de una entrevista privada ántes del suplicio i Juan conducido por guardias i acompañado por su padre i sus hermanas, fué llevado a la prision de la niña.

Julia tuvo apénas la fuerza suficiente para arrojarse en brazos de su infeliz amante: quiso hablar i la voz se anudó en su garganta, miéntras que un torrente de lágrimas rodó por las mejillas lívidas que el pesar habia espantosamente descarnado.

Los testigos de aquella desgarradora escena se apartaron consternados del grupo que los dos jóve-

nes formaban i ahogaron mal en sus pechos los dolorosos suspiros que ella les arrancó.

—Julia, mi amor, mi pobre adorada, esclamó Juan besándola en la frente i dejando tambien correr su llanto; qué importa morir si Dios conoce nuestra inocencia i sabrá reunirnos en su cielo.

El padre i las dos hermanas del jóven se habian retirado a uno de los ángulos de la pieza i allí rezaban arrodillados.

—Juan, dijo Julia besando con delirio la pálida frente de su amante, perdon, yo te he arrastrado a este abismo. ¡Dios mio, en qué pude ofenderos!

I los sollozos ahogaron de nuevo su voz, que debilitada ya por el ayuno i las lágrimas de tantos dias, solo fué oida por el jóven como una música lejana i melancólica.

—I tú crees que podria vivir sin tí, replicó Juan estrechándola con pasion, tú crees que podria mirarte verter una lágrima i no desear enjugarla a costa de mi vida? No, alma mia, mi mas horrendo suplicio habria sido no poder seguir tu suerte, que es la mia, ya lo ves, puesto que el cielo ha querido unirnos con el mismo amor i llamarnos ante Dios por el mismo martirio.

—Sí, háblame de este modo, así, consolándome; porque no tengo fuerzas, Juan, murmuró la niña, i ¿quién otro sino tú podria dármelas? Ademas, mi adorado, añadió estrechándose al pecho del jóven, tengo miedo, oh, mucho miedo: recibir la muerte

cuando creia vivir tantos años al lado tuyo! ¡Ah, esta idea sola me hará morir ántes del término fijado!

En este momento se oyó gran ruido de voces al esterior de la prision.

—¡Cómo! tan pronto! esclamó Juan creyendo llegada la hora fatal.

Julia lo apretó contra su seno como una madre que cree van a arrebatarle su hijo.

Un jóven de los amigos de Juan se presentó a la puerta i ajitando el sombrero:

—Estais salvados! gritó, hemos encontrado a la criada a quien condujimos con la jente que la ocultaba por órden de ese Mayor de Satanas.

—Se ha decretado la prision del Mayor, dijo otra voz mas atras, i se ha mandado suspender la ejecucion; estais salvados!

El padre i las hermanas de Juan se arrojaron a la puerta cubriendo de lágrimas las manos de los que acababan de hablar, miéntras que Juan sintió sobre sus brazos todo el peso de la niña, que se dejó caer en ellos desfalleciente.

—Ai! esclamó Julia con voz apagada, por un momento creia ya haber salido de este mundo i veo que el placer me hiere tan funestamente como el miedo.

Estas últimas palabras, pronunciadas con esfuerzo, fueron seguidas de un movimiento convulsivo,

despues del cual la bella cabeza de la niña cayó como sin vida sobre el hombro de Juan.

—Socorro, por Dios, socorro! gritó él sintiendo un hielo mortal discurrir por la frente de Julia.

Todos acudieron en derredor suyo: Julia abrió nuevamente los ojos, miró a todos como si despertase de un sueño i volvió a dejar caer la frente sobre el hombro de Juan, como un niño vencido por el sueño.

—Julia, seremos felices, la dijo Juan, nuestra inocencia será reconocida ahora, ya ves que el cielo no nos abandona.

—Mi pobre Juan, contestó ella sin alzar la frente, no sé si yo pueda sobrevivir a tan violenta e inesperada alegría, con ella sentí un hielo como si la muerte se hubiese apoderado de mí i tengo ménos fuerzas que ántes.

Una cama fué al momento improvisada en la misma prision i Juan colocó a la niña sobre ella, poniéndose de rodillas a su cabecera. Los amigos del jóven habian corrido en busca de médicos que fueron inmediatamente introducidos.

Julia llamó al padre i a las hermanas de Juan.

—Es mi único amor sobre la tierra, les dijo mostrando a Juan que cubria su rostro con desesperacion, i si muero, sé que no podrá sobrevivirme largo tiempo, porque me ama.

Juan besó su frente con delirio i se arrojó en brazos de su padre ahogando sus sollozos.

Todos los cuidados de los médicos fueron inútiles: el dolor i la alegría se habian chocado con tal violencia en su naturaleza débil i estenuada, que la vida de la pobre niña se fué estinguiendo por grados en brazos de su amante.

Pocos dias despues habia dejado de existir.

La causa entre tanto fué nuevamente principiada: las personas que tomadas con la vieja criada de don Leandro, declararon que él Mayor habia conducido a aquella mujer la misma mañana del asesinato, pagándoles para ocultarla.

Paula, por su parte, declaró que su amo habia llegado a la casa despues de la fuga de los jóvenes.

—Su rostro, dijo ella, manifestaba una gran alegría i al entrar la habia dicho: «Mi hija será libre» palabras cuyo significado ella no pudo comprender. Dijo que una hora ántes de amanecer, el Mayor se habia presentado i su patron le habia ofrecido diez mil pesos por un documento que aquel se negó a entregar: una lucha se habia trabado entre ámbos, i, ántes que ella hubiese tenido tiempo de pedir auxilio, su amo caia bajo el puñal del Mayor, quien habia buscado a Julia por toda la casa i despues de apoderarse de los papeles de don Leandro, la habia obligado a seguirlo i puéstola bajo la custodia de las personas que habian sido prendidas con ella.

Poco tiempo despues el Mayor fué condenado a prision perpétua.

.....

Tal es, lector, la historia de Juan de Aria, bachiller en leyes. Su vida comenzada apénas, se agotó con el primer choque del dolor i su alma solo fué despues la tumba de su primera alegría. La prediccion de Julia se realizó bien pronto: ¡Juan solo sobrevivió un año a la muerte de su querida!

Pero los hombres de su temple, segun jeneral opinion, no son de nuestros tiempos: ahora, dicen, el consuelo tiende mui pronto la mano al sentimiento. De manera que Juan era una escepcion; la pérdida de su primer amor no fué el pedestal que le sirvió para escalar otros nuevos; como los guerreros espartanos, se cubrió con él como con un escudo, i cayó herido por el dolor, este infatigable campeon en la guerra de la vida.

Diciembre 3 de 1857.

Obras publicadas por la Librería

DE

GUILLERMO E. MIRANDA,

Santiago, Ahumada 51

B. Vicuña Mackenna.—*Los Jirondinos Chilenos*..... $ 0 50
„ „ —*El jeneral O'Brien*..... 0 50
„ „ „ —*Las calles de Santiago*..... 0 50
José Zapiola.—*La Sociedad de la Igualdad*..... 0 50
P. Ruiz Aldea.—*Los Araucanos*, pasta..... 1 50
B. Vicuña Mackenna.—*El oríjen de los Vicuñas*..... 0 30
„ „ „ —*Vida del jeneral San Martin*, pasta..... 2 50
Domingo Santa María.—*Vida de don José Miguel Infante*, pasta..... 2 50
M. L. Amunátegui.—*El Diario de la Covadonga*..... 0 50
B. Vicuña Mackenna.—*Vida del jeneral don Juan Mackenna*, pasta..... 2 50
José Zapiola.—*Recuerdos de treinta años*, pasta..... 3 50
Alberto Edwards.—*Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*, pasta..... 1 50
Aníbal Echeverría Reyes.—*Ensayo bibliográfico sobre la revolucion de 1891*..... 1 00
Ambrosio O'Higgins.—*Chile en 1792* (edicion de 50 ejemplares)..... 0 50
Roman Vial.—*Una noche de remolienda*..... 0 20
Antonio Gonçalves Dias.—*Poesías americanas*, traducidas por Julio Vicuña Cifuentes..... 1 50
B. Vicuña M.—*Los oríjenes de las familias chilenas*.—Rústica $ 1.50, empastada..... 2 00

A la vuelta ☞

Recopilacion de leyes i decretos supremos sobre premios de instruccion primaria, secundaria i superior, pasta de tela..... $ 2 00

Enrique O'Ryan G.—*Nociones de Jeografía de Chile,* 1 vol. en 8.º, cartoné..... 1 50

Aureliano Quijada B.—*Quiebras. El Libro IV del Código de Comercio complementado con lo pertinente del Código de Procedimiento Civil,* pasta..... 3 00

G. Núñez de Arce.—*Idilio*..... 0 30

Ruben Darío.—*Azul...,* rústica..... 0 30

José Zorrilla.—*El puñal del godo,* drama en un acto. 0 30

Julio Vicuña Cifuentes.—*Contribucion a la historia de la imprenta en Chile*..... 0 50

Reclus.—*Jeografía de Chile,* cartoné..... 1 50

G. Núñez de Arce.—*El Vértigo*..... 0 20

José Batres i Montúfar.—*Las falsas apariencias*..... 0 20

Núñez de Arce.—*Última lamentación de Lord Byron.* 0 20

R. Marchant Pereira.—*Vida de Fray Andrés*..... 0 40

Duquesa Martell.—*Cocina de cuaresma*..... 0 40

E. de la Barra.—*El Padre López*..... 0 20

Luis Thayer Ojeda.—*Santiago de Chile. Origen del nombre de sus calles*..... 0 50

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

JAN 0 2 2008

NOV 2 9 2007